4006

EL TEATRO

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS

# LA ENCUBRIDORA

DRAMA

EN TRES ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

ANTONIO RODRIGUEZ GARCIA VAO

Y

JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
SUCESOR DE HIJOS DE A. GULLON
PEZ, 40. OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1887

6

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| CÁRMEN | SRA. LOSADA. |
| EMILIA | TORRECILLA. |
| ANDRÉS | SR. PORTES. |
| JULIAN | BARCELÓ. |
| DON JUAN | CASAÑER. |
| ANTON | DIAZ. |
| JUEZ | MATA. (1) |

Acompañamiento.

# ÉPOCA ACTUAL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países en los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de la Galería Lírico-Dramática titulada «El Teatro» de Don *Florencio Fiscowich*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

(1) El Sr. Mata, accediendo al deseo de uno de los autores, se encargó del papel secundario de Juez, aceptando con plausible modestia la representacion de un personaje que, no obstante su insignificancia, ha de ser interpretado con suma discrecion.

674549

# ACTO PRIMERO

*Sala modestamente amueblada. Puerta al foro y laterales. En segundo término derecha una ventana. En el centro de la escena, mesa con recado de escribir y junto á ella un sillon. Se supone que al principiar la accion comienza á anochecer.*

## ESCENA PRIMERA

DON JUAN de pié y JULIAN sentado junto á la mesa.

JULIAN. ¿Y tendrá usted que salir?
D. JUAN. No hay remedio; ¿qué he de hacer?
JULIAN. Penosillo es el deber.
D. JUAN. Cierto; pero hay que cumplir.
JULIAN. Pues la tarde está endiablada
y amenaza el aguacero.
¡Ay, tio Juan, sois muy entero,
y esta vida es bien menguada!
D. JUAN. ¡Chico! ¡Chico!... Pesimista
te contemplo en este instante.
¿Te ha rechazado tu amante,
ó has perdido la conquista?
Tú, que eres todo alegría,
te has tornado taciturno.
JULIAN. Placer y dolor, por turno,
se suceden cada dia.
D. JUAN. Casi no puedo creer
lo que dices.
JULIAN. No es extraño.
D. JUAN. ¿Algun nuevo desengaño
ha venido á entorpecer
ese camino divino
que tú sigues anhelante?
JULIAN. Comencé siendo constante.
D. JUAN. Mal comienzo de camino.

JULIAN. Luisa, que vió mi locura,
se gozaba en mi tormento.
D. JUAN. ¡Y tú, con tanto talento
lo ignorabas!
JULIAN. Desventura
fué para mí, lo confieso;
pero, en verdad, no creí
que me despreciara así.
D. JUAN. Pues por eso...
JULIAN. Pues por eso
para mí Luisa acabó,
y la procuro olvidar.
D. JUAN. Pero, ¿cómo ha de acabar
cariño que no empezó?
JULIAN. Ella no lo sentiria;
mas lo que es yo, lo sentí.
D. JUAN. Vamos, confiésame aquí
que el desdén te contraría.
Eres jóven, eres rico
y tienes tus pretensiones.
Ves muertas tus ilusiones
de un solo golpe, y me explico
la tenaz melancolía
de tu amoroso reproche;
y ese cavilar de noche,
y ese meditar de dia.
JULIAN. No sea usted exajerado;
las bromas no son razones.
D. JUAN. Estas exajeraciones
las deduzco de tu estado.
¿Comenzaste á cincelar
otra estátua?
JULIAN. Puede ser.
D. JUAN. Es principio de querer
el comienzo de olvidar.
JULIAN. Y acaso no encuentre pena
en el nuevo corazon,
sino cariño y pasion.
D. JUAN. Pues te doy mi enhorabuena
por esa nueva esperanza;
pero asegura la hermosa,
que la balanza amorosa
es insegura balanza.
¡Adios! Te dejo entregado

á tus dulces reflexiones.

JULIAN. ¿Tan urgentes atenciones
le llaman?

D. JUAN. Sí, han avisado
y la hora se acerca ya.

JULIAN. ¿Enfermo grave?

D. JUAN. Sí á fé.
Y tan grave le dejé,
que dudo si salvará.
Con que adios. (Váse puerta del foro.)

JULIAN. Adios.

## ESCENA II.

JULIAN y EMILIA que sale puerta derecha.

JULIAN. ¡Emilia!

EMILIA. Primito.

JULIAN. (Está encantadora.)

EMILIA. ¡Ay, Julian! Lo que es ahora
pareces de la familia;
siempre en casita metido
como un monje.

JULIAN. No, mujer,
no es fácil lo pueda ser
miéntras me quede un sentido.

EMILIA. No en vano pasan los años
y se pierden ilusiones.
¡Ahora van las oraciones
detrás de los desengaños!
Yo te digo ingénuamente
que nada me costaria
ser monja.

JULIAN. ¿Cómo?

EMILIA. Lo haria.

JULIAN. ¿Pero así, tan de repente?

EMILIA. Quién sabe.

JULIAN. ¿Es que algun tormento,
algun amoroso daño
te produjo un desengaño
y te arrasta hácia el convento?

EMILIA. Yo no lo sé, pero á tí
que no há mucho te ha ocurrido,
ya te supongo aburrido

de este mundo, ¿no es así,
primito?

JULIAN. No, prima mia.

EMILIA. ¿No sufriste algun tormento?

JULIAN. Sí, puse mi pensamiento
en quien no correspondia
á mi fé; daño me hicieron
pues yo ligero, sin calma
llamé á las puertas de un alma
y allí no me respondieron.
Mas vueltas el mundo dá
y el amor viene rodado.
Si Luisa me ha rechazado
otra corresponderá.

EMILIA. Pero esa extraña pasion
estará siempre latente,
y Julian, difícilmente
se manda en el corazon.

JULIAN. No pienses que á consumir
vá mi existencia, el recuerdo.
Por fortuna aún estoy cuerdo
y bien puedo conseguir
con paciencia y con cariño
fácilmente mi ventura.

EMILIA. Ten por cosa muy segura
que hombre amante es como un niño,
y en sus juegos peligrosos
suele salir arrollado.

JULIAN. Pues se juega con cuidado.

EMILIA. Sois los hombres caprichosos.
Veis una mujer hermosa
que os cautiva y os agrada,
y la juzgais obligada
creyendo hacerla dichosa.
Pero sois bien inocentes
por la vanidad cegados,
que los desdenes pasados
son las venganzas presentes.

JULIAN. Haces muy bien la defensa
del corazon femenino;
pero Emilia, no adivino
por qué ha de tomarlo á ofensa
la mujer y nunca el hombre
que tambien siente pasion

y tiene su corazon
y sabe amar.

EMILIA. No te asombre,
pues nosotras no tenemos
otras armas que el desden.
¿Vamos á ir sembrando el bien
si sólo mal recogemos?
Necedad grande seria.

JULIAN. No, Emilia, fuera clemencia.

EMILIA. Eso de obrar á conciencia,
ya no es costumbre en el dia,
y en causas del corazon
aún menos.

JULIAN. Y tu sabrás
la pena que aplicarás.

EMILIA. ¿Yo? La pena del Talion.

JULIAN. Diente por diente.

EMILIA. ¡Pues no!

JULIAN. Es original la pena.

EMILIA. Sí, que lleve la cadena
el mismo que la forjó.

JULIAN. Pues tu crueldad no alabo.

EMILIA. ¿Te asusta el castigo ahora?
La altivez de la señora
humilla más al esclavo.

JULIAN. (¡Me desprecia!) Prima mia,
supongo no has de creer
que esa es la única mujer
que ha robado mi alegría.

EMILIA. No lo sé. Tú corazon
sólo por ella ha latido.

JULIAN. ¡Si tú lo hubieras oido
cambiarias de opinion!
En mi loco frenesí
contemplé en Luisa mi estrella,
por eso subí hasta ella.

EMILIA. ¡Y ella no bajó hasta tí!

JULIAN. Verdad.

EMILIA. (Está resignado
y creo que hasta vencido.) (Con ironía.)
No, no la des al olvido.

JULIAN. Emilia, me ha despreciado,
y aunque no soy rencoroso,
como todos soy altivo

y el amor propio está vivo,
y mi pecho sin reposo.
No tengo ningun derecho
á domeñar voluntades
ni á forjarme tempestades
en el fondo de mi pecho.
Si en esta empresa arriesgada
he salido derrotado,
probaré ser buen soldado
emprendiendo otra jornada.
De ella tú serás testigo.

EMILIA. Pues te pido por favor...

JULIAN. ¿Qué?

EMILIA. Que esplores mejor
el campo del enemigo.

JULIAN. Eso pienso y eso espero
hacer pronto, prima mia.
(Dirigiéndose hácia la puerta primera izquierda.)

EMILIA. Adios, don... melancolía,
(tú serás mi prisionero.) (Váse Julian.)

## ESCENA III.

EMILIA.

EMILIA. Él sufre por desdeñado
y parece arrepentido;
mis palabras le han herido
y ya en su pecho he ganado
el amor que ví perdido.
Mas si es así, ¿por qué espera?
¿Si su pasion es sincera
por qué dudoso le encuentro
y llora mi alma por fuera
y mi corazon por dentro?
¿Por qué se muestra cruel
como el más fiero enemigo
siendo cariñoso y fiel,
y lo que han hecho con él
lo pretende hacer conmigo?
El su pasion declaró
á Luisa; le desdeñó.
Lo supe, callé y sufrí,
y por Julian lloré yo,

y Julian no pensó en mí.
Mi pasion ya ha comprendido,
pues le adoro y él lo sabe
y á mi fé no ha respondido.
¡Qué pocas veces el ave
á su gusto forma el nido!

## ESCENA IV.

EMILIA. CÁRMEN que entra por el foro.

EMILIA. ¡Hola, mamá!
CARMEN. ¿Cómo aquí
tan solitaria, hija mia?
EMILIA. Pues por nada: me aburria
esperándote. (Cármen hace un gesto cariñoso de duda.)
Sí, sí,
se me hacen largas las horas
cuando no estoy á tu lado.
CARMEN. ¡Zalamera! ¿No he tardado,
verdad?
EMILIA. No.
CARMEN. Pues las señoras
de Ruiz me han entretenido
un rato. Estuvimos juntas
en el templo. ¡Qué preguntas
tan raras me han dirigido!
¡Que si estás enamorada!
Yo les contesté que no.
EMILIA. Hiciste bien.
CARMEN. Porque yo
por lo ménos, no sé nada.
EMILIA. ¡Mamá!
CARMEN. Pero, dí, mujer,
¿por qué te has de avergonzar?
Al cabo te has de casar,
y álguien tu novio ha de ser.
EMILIA. ¿Y en la iglesia?
CARMEN. Gran funcion.
Hoy terminó la novena.
Muchas luces; una buena
orquesta y un buen sermon.
¿Á que no adivinas quién
cerca de mí se ha sentado?

EMILIA. ¡No!
CARMEN. ¡Luisa!
EMILIA. ¿Te ha saludado?
CARMEN. ¡Saludarme! Con desdén
me miraba y sonreia,
mezclando en su gesto necio
expresiones de desprecio
con arranques de alegría.
EMILIA. ¿Y tú?
CARMEN. Yo no la hice caso.
¡Chicuela mal educada!
Se veria muy honrada
con pasar por donde paso.
Sólo siento que Julian,
preso de torpes amores,
padezca tantos dolores;
y cree que tengo afan
por verle de esa demencia
completamente curado.
EMILIA. Pues, sospecho que ha empezado
á entrar en convalecencia.
CARMEN. Quién te ha dicho...
EMILIA. Nadie. Son
presunciones.
CARMEN. Sin verdad;
¡no alcanza su libertad
fácilmente el corazon!
EMILIA. Amor liviano se pierde.
CARMEN. Sí, cuando no está arraigado.
EMILIA. El amor desengañado,
en el alma, poco muerde.
CARMEN. A veces, que las pasiones
si en desengaño se truecan,
ó se arraigan más ó secan
de una vez los corazones.
EMILIA. Pues yo espero...
CARMEN. Yo tambien.
EMILIA. Julian, tiene buen sentido,
y su amor ha convertido
en desprecio y en desdén.
CARMEN. Haces con mucho calor
la defensa de Julian.
EMILIA. Cierto; ¿pero á quién no dan
pena las penas de amor?

Quien corre tras la ventura
y la ventura no alcanza,
quien á la altura se lanza
y rueda desde la altura,
¿qué ménos puede esperar
que haya quien quiera al caer,
sus lágrimas contener
y sus desdichas calmar?

CÁRMEN. ¿Y tú padre?

EMILIA. Disponiendo
su partida hácia el cortijo
de doña Asuncion.

CÁRMEN. ¿Su hijo
acaso?...

EMILIA. Se está muriendo.

CÁRMEN. Pues la noche será buena.

EMILIA. Y la partida importuna.

CÁRMEN. Piensa, hija mia, que hay una
madre que muere de pena.
Pues comprendo que, afligida
al perder un hijo, se
pierda la calma, la fé,
el valor y hasta la vida.
Desdicha de las mujeres
padecer con sus amores;
y eso que, ¡tales dolores
producen tantos placeres!

EMILIA. Tienes razon, madre mia,
egoista de mi bien...

CÁRMEN. ¿Quién no es egoista? ¿Quién (Abrazando á su hija.)
no es avaro de alegría?
¡Egoismo del cariño
á que todo sér se entrega!
A todos invade, llega
á la inocencia del niño.

(Aparece por el foro D. Juan é interrumpe la conversacion en el momento que lo indica el diálogo.)

EMILIA. Como mi padre está mal,
siento que salga.

CÁRMEN. Eso sí.

D. JUAN. ¡Hola! ¡Se ocupan de mí! (Abrazándolas)
eso es muy buena señal. (Comienza á oscurecer.)

## ESCENA V.

DICHAS y DON JUAN.

CÁRMEN. Que te marchas esta noche
Emilia me está diciendo.
D. JUAN. Verdad, y hasta la mañana
no volveré, cuando ménos. (Señalando á Emilia.
CÁRMEN. Por eso se impacientaba
y yo tambien, porque pienso
con tristeza, en que te hallas
durante la noche lejos.
D. JUAN. ¡Aprensiones! Mejor dicho
mimos. (Dirijiéndose á Emilia.)
¿Verdad?
EMILIA. Eso, eso;
no es sólo la hija quien
tiene mimosos deseos;
tambien la madre.
D. JUAN. ¡La madre! (Asintiendo con alegría.)
CÁRMEN. ¡Qué locos!
EMILIA. Si lo comprendo
en tí; si yo soy mimosa
mucho, mucho porque os quiero;
porque el mimo es el lenguaje
callado del sentimiento.
D. JUAN. Tiene razon, pero ahora
los temores pasajeros
son infundados.
CÁRMEN. ¡Quién sabe!
mala noche, ruin sendero
por camino, en el que á veces
hay ladrones en acecho.
EMILIA. ¡Ladrones!
D. JUAN. ¿Y qué me importa?
¿Bagaje de ideas llevo
por todo bagaje, y una
riqueza de pensamientos!
¡Ya ves que poca codicia
á los ladrones despierto!
Además que se respeta
mi sagrado ministerio;
y aunque en ciertas ocasiones
en el camino tropiezo

con quien busca en el camino
las riquezas de otros dueños,
me mira, calla y me deja
proseguir, como temiendo
al interrumpir mi marcha
cometer un sacrilegio.

EMILIA. ¡Verdad, padre de mi alma!

D. JUAN. Pero basta de requiebros
Emilia, y tráenos tú misma
Una luz á este aposento,
pues las sombras se han venido
á escuchar nuestro terceto,
de ternezas, sonrisitas,
abrazos y juramentos;
y apenas si entre las sombras
se distinguen nuestros cuerpos.

EMILIA. Enseguida, papá mio,
y no te vayas, que vuelvo
para despedirte.

D. JUAN. Aún
no marcho, porque el mostrenco
de Anton, tiene mucha calma,
y en poner el aparejo
al caballo tarda un siglo.

EMILIA. Pues hasta luego.

D. JUAN. ¡Hasta luego! (Váse Emilia puerta derecha.)

## ESCENA VI.

CÁRMEN y DON JUAN.

CÁRMEN. ¡Es un ángel de bondad! (Hablando por Emilia.)

D. JUAN. Ya lo creo que lo es;
y eso que tú como á Andrés
no la quieres, ¿no es verdad?

CÁRMEN. Lo mismo, si hay diferencia
en el cariño, es escasa;
preferencia que se pasa.

D. JUAN. Pero al cabo preferencia.

CÁRMEN. No insisto.

D. JUAN. La cosa nada
tiene de extraño, mujer;
¿qué madre, vamos á ver,
puede vivir desligada

de esa atraccion misteriosa
que ejerce cualquier polluelo,
sobre el corazon de cielo
de una madre virtuosa?
Pero á veces, y retén
Cármen mia, esta sentencia,
se comete una imprudencia
consintiendo mucho, á quien
por el ardor de los años
gasta en caprichos la vida
recibiendo, al fin, la herida
mortal de los desengaños.

CÁRMEN. Andrés no...

D. JUAN. Pues Andrés sí.
Ternuras le has prodigado,
y hoy es un niño educado
pésimamente por tí.
¡Quién pone á sus furias tasa,
si casi no me respeta,
si es absorbente y completa
su influencia en esta casa!

CÁRMEN. Juan, no exajeres; Andrés
tiene defectos, verdad;
pero mira, en puridad,
muy bueno y honrado es.
¡Benevolencia!

D. JUAN. Dañosa.

CÁRMEN. Más, dulzura.

D. JUAN. Inconveniente.

CÁRMEN. Suele ser improcedente
la conducta rigurosa.

D. JUAN. Con sus soberbias, Andrés
disgustos me proporciona
á cada paso.

CÁRMEN. Perdona
sus locuras.

D. JUAN. Eso es.

CARMEN. Su carácter irascible.

D. JUAN. Verdad, y por eso quiero
dominarle, porque espero.

CARMEN. Y con fiereza invencible.

D. JUAN. Con mano fuerte se evitan
esas dolencias morales
que en los abismos sociales

á los hombres precipitan.
Así, mujer, antepon,
si es que no quieres dañar
á tu hijo, en el hogar,
la conciencia al corazon.

CARMEN. Pero enseña la experiencia
que sin cariño no hay calma,
y pesa más en el alma
el amor que la conciencia.

D. JUAN. ¡Nunca! Por seguro ten
que en tal balanza al pesar
lo malo la hace bajar
y subir, tan sólo el bien.
Pero basta de consejos (Transicion.)
y discursos de familia;
á marcharme voy.
(Llamando.) ¡Emilia! (Volviéndose á Cármen.)
¿Verdad que es cosa de viejos
el pretender arreglar
los vicios del mundo?

CARMEN. Sí.

D. JUAN. Comprendo el pecado en mí
y no lo puedo evitar.

## ESCENA VII.

DICHOS. EMILIA que viene con un quinqué encendido, que dejará sobre la mesa.

EMILIA. ¿Estás en marcha?

D. JUAN. Ya estoy
para mi salida listo:
conque pasad buena noche.

EMILIA. Y tú tambien, papá mio.

CARMEN. Que te abrigues.

EMILIA. Y que vuelvas
pronto.

CARMEN. Muy pronto.

D. JUAN. De fijo
que al rayar el alba estoy
de regreso en este sitio.
¿El capote?

CARMEN. Abajo está.

D. JUAN. Un abrazo. (A Cármen.)

EMILIA. Y á mí un mimo.
(Formando grupo con sus padres.)
Cuánto os quiero.
CARMEN. ¿A nadie más?
D. JUAN. ¿Hola, hola, á que salimos
con noticias importantes?
EMILIA. No hagas caso.
D. JUAN. ¡Bah! Lo dicho.
EMILIA. Que se hace tarde.
CARMEN. No quiere
que hablemos del secretillo
que guarda.
EMILIA. Vamos andando.
D. JUAN. Pero ella habrá de decirlo;
me marcho por esta puerta (Señala á la 2.ª izquierda)
porque aventajo camino.
Adios, Cármen, adios, hija.
EMILIA. Hasta la calle te sigo.
D. JUAN. Bien.
CÁRMEN. Advierte al tio Anton
que cierre bien el postigo
de la puerta principal,
que esta noche no salimos,
y para entrar los criados
basta con esa. (Señalando la 2.ª izquierda.)
D. JUAN. Lo dicho.

(Váse Emilia y D. Juan por la puerta segunda izquierda. Queda Cármen como despidiéndolos. Andrés sale por la puerta derecha y se sienta; cuando Cármen se fija en él comienza el diálogo.)

## ESCENA VIII.

CÁRMEN y ANDRÉS.

ANDRÉS. ¡Hola mamá!
CARMEN. Por fin te
veo hoy; ¿dónde has estado?
ANDRÉS. Pues en mi cuarto encerrado
¿se marchó papá?
CARMEN. Se fué. (Pausa.)
¿Qué te sucede, hijo mio?
¿qué te pasa? ¿tienes penas?
Yo romperé las cadenas
que sujetan tu albedrío,
pues el amor maternal

es un bálsamo que cura
la terrible mordedura
de la serpiente del mal.

ANDRÉS. Nada tengo.

CARMEN. ¡Sí!

ANDRÉS. No llores,
que no es nada.

CARMEN. Habla, por Dios,
que compartidas por dos
las penas, se hacen menores.
Ven. (Cojiendo á Andrés de la mano y haciéndole sentar á su lado.)
Sentémonos aquí.
En tu infancia ¡tiempo hermoso!
solícito y cariñoso
te ponias junto á mí,
para elevar los extraños
castillos de la inocencia
que luego con la esperiencia
son ruinas de desengaños.

ANDRÉS. Tú eres la única luz
que mi espíritu ha alumbrado.
Sí, ¡el calvario he soportado
porque estás junto á la cruz!
Sí, la solucion por sí
hállase impuesta, y espero
inmóvil, porque no quiero
que sufras, madre, por mí.

CARMEN. Pero de tanto dolor,
¿cuál es la causa, hijo mio?
Tu honradez...

ANDRÉS. Á Dios la fio.

CARMEN. ¡Desesperado!

ANDRÉS. De amor.
Eso que eleva ó deprime,
que degrada ó ennoblece,
que destruye ó que engrandece,
que pervierte ó que redime.
Misteriosa ligadura,
fuerza, pasion, lo que sea;
un sentimiento, una idea,
un delirio, una locura.
Tempestad que se desata,
y que ya, no contenida,

unas veces dá la vida
y otras veces ciega y mata.

CARMEN. Pero, ¿cuál es la mujer
que tanto te hace sufrir?

ANDRÉS. Lo has debido presumir:
es Luisa.

CARMEN. No puede ser.
Jamás señales ha dado
de ser por tí galanteada.

ANDRÉS. Esta pasion desgraciada
nunca á la luz se ha mostrado.
Cuando la noche se cierra
y en el ancho espacio, lucen
las estrellas, que producen
claridad para la tierra;
cuando de la poblacion,
extinguidos los rumores,
son sus calles, corredores
solitarios de prision;
envuelto en sombra he sabido
hurtar á los más dichosos
los reflejos amorosos
que en el pecho me han herido.

CARMEN. ¡Juego tú de sus infames
vergonzosos devaneos!
¡Juego tú de sus deseos!
Es preciso que proclames
muy alto cuánto desdén
esa coqueta te inspira.

ANDRÉS. Pero, madre, si es mentira;
si ahora la quiero tambien.
Pues si diera por besar
sus lábios el mundo.

CARMEN. ¡No!
que estoy en el mundo yo.

ANDRÉS. ¡Sólo eso me hace dudar!

CÁRMEN. Mira á Julian; su dolor
sabe resistir con calma.

ANDRÉS. Julian, tiene ménos alma,
ó tiene ménos amor.
Ya siento rujir aquí (Golpeándose el pecho)
la ola de mi coraje,
que ha de vengar el ultraje
y el dolor que recibí.

CÁRMEN. Nunca. Sabré detener...
ANDRÉS. Nadie de esto debe hablar,
más que ella para gozar,
tú y yo, para padecer.
Nadie sepa este secreto
dolor, que te estoy mostrando.
Mira que voy olvidando
todo, todo, hasta el respeto.
CARMEN. No, hijo mio, no por Dios;
reflexiona, escucha, mira,
Andrés, que puede tu ira
abismarnos á los dos;
porque soy el pedestal
que tu escultura sostiene
y si el rayo á herirnos viene
ha de herirnos por igual.
Te vas de aquí con urgencia
y recobrarás la calma;
que no existe para el alma
calmante como la ausencia.
ANDRÉS. ¡Alejarme!
CÁRMEN. Olvidarás.
ANDRÉS. Pide al cielo que así sea;
pues aunque peligros vea,
yo no doy un paso atrás.
CÁRMEN. Escucha mi ruego amante
y huye del riesgo inminente;
pero calla, viene gente.
ANDRÉS. Voy á mi cuarto.
CÁRMEN. Al instante.
ANDRÉS. Por qué están mis ojos rojos
de llorar, y yo no quiero
que vean, cómo no muero
teniendo llanto en los ojos.
(Y además que quiero verla
porque intento disuadirla.
¡Para siempre conseguirla
ó para siempre perderla!) (Váse puerta derecha.)

## ESCENA IX

CÁRMEN y JULIAN saliendo.

JULIAN. ¿Conque marchó? (Acercándose á su tía y sentándose)
CÁRMEN Sí, Julian.

Y esta noche ¿no hay casino?

JULIAN. No.

CÁRMEN. ¡Ay! mi querido sobrino,
tales cosas se dirán
entre tus mismos amigos
que haces bien.

JULIAN. ¿Por qué razon?
¿Cuál es la causa en cuestion
de que censuren?

CÁRMEN. Testigos
tiene siempre el que murmura
con maliciosa sonrisa,
y los desprecios de Luisa
sabe el pueblo, y asegura,
á mi juicio de ligero,
que con oculta intencion
no ibas tras su corazon
pero sí por su dinero.

JULIAN. Necios, son, ¡por vida mia!
murmuran en mi desdoro,
sin saber que no es el oro
el que me causa alegría.
Depravados corazones
del más perverso sentido.
Por ventura habrán creido
que en unos cuantos doblones
fundo mi amor y mi sueño
y mi dicha y mi placer.

CÁRMEN. Julian, no debes tener
ni en despreciarlos empeño.

JULIAN. ¿Dicen más?

CÁRMEN. Que si tu vida
pasada es de tal manera;
que si fuiste un calavera
y si no te queda nada
de tus bienes, si has venido
buscando dama opulenta.
En fin, te ajustan la cuenta
como un tutor prevenido.

JULIAN. Porque sin jactancia alguna,
sin orgullo me he mostrado.
Porque yo no he pregonado
mi hacienda ni mi fortuna,
dan en creer ¡inocentes!

que desheredado vengo,
pues no tiro lo que tengo
ni se lo cuento á las gentes.
Me censuran sin razon
con frases de vulgo necio.
No sé si mostrar desprecio,
ó sentir indignacion.

CÁRMEN. No, Julian, no has conocido
á estas gentes especiales.
Cree que guarda más caudales
el que produce más ruido.

JULIAN. Tanta y tanta estupidez
contra mí formando coro.
Jamás el brillo del oro
permitió ver la honradez.

CÁRMEN. No te exaltes.

JULIAN. Si hay razon
que es un puñal el agravio;
si le afila bien el labio,
vá derecho al corazon.
Pero quisiera saber
si esa ofensa á mí inferida,
tomó cuerpo y tomó vida
en algun humano sér.

CÁRMEN. ¡Si ella fué!

JULIAN. ¡Luisa!

CÁRMEN. ¡Pues no!

JULIAN. ¿Y qué motivo tenía?...

CÁRMEN. ¿Motivos? coquetería,
orgullo, en fin, qué sé yo.

JULIAN. Alma torpe, pecho insano,
que á otro corazon herido
vé perecer desvalido
sin que le alargue la mano
(y de Emilia me olvidé
y á Emilia no preferí,)
usted sabe que nací
honrado y que lo seré.
Usted á mí me ha querido;
usted á mí me ha cuidado,
y á usted estoy obligado
como honrado y bien nacido.
Era yo niño y murió
mi madre; sólo quedé:

y ahora en el mundo es usté
á quien más respeto yó.

CÁRMEN. ¿Pero á qué tales estremos
y esos recuerdos de niño?
Tú tienes nuestro cariño.

JULIAN. Es verdad.

CARMEN. Correspondemos.

JULIAN. Pues bien, yo quiero decir,
mejor quiero suplicar,
(pues no nací para odiar
y sí para bendecir),
que fuí torpe, que fuí ciego,
y que esa fugaz pasion
se estinguió en mi carazon.

CÁRMEN. A comprenderte no llego.

JULIAN. Fácil es. (Como titubeando.)
Mi prima Emilia
sufre... oculta su pesar...
y aún más pretendo anudar
los lazos de la familia.
Me quiere como á un hermano,
y como sufre, podria
quizás en el alma mia...

(Al llegar este momento suena un tiro en la calle: al ruido de la detonacion ambos personajes, con muestras de gran sobresalto, se ponen de pié.)

¿Qué es eso?

CÁRMEN. Dios soberano.

JULIAN. Corro á ver.

CÁRMEN. No salgas, no.

JULIAN. ¡Silencio! (Queriendo oir.)

CÁRMEN. ¿Dónde habrá sido?

JULIAN. Pues en la calle se ha oido.
Veamos qué sucede.

(Váse Julian con el quinqué; la escena queda á oscuras.

## ESCENA ÚLTIMA.

CÁRMEN y ANDRES.

(Cármen queda junto á la ventana como tratando de ver lo que ocurre.)

CÁRMEN. Yo...
no sé lo que ahora presiento.
Nada... ya nada se escucha.

¡Ay, Dios mio! ¿por qué lucha
intranquilo el pensamiento?

ANDRÉS. ¡Nadie me vió!

(Sale 2.ª puerta izquierda con ademan descompuesto)

CÁRMEN. ¿Qué será? (Siempre junto á la ventana )

ANDRÉS. (Avanza en la oscuridad, mientras dice las palabras siguientes; y cuando el diálogo indique, llega hasta donde su madre se halla y continúa la escena.)

¡Nadie lo habrá sospechado!
¡Qué horror!... ¡Madre!...

(Adviértase que la primera de estas esclamaciones la lanza el actor al sentir el contacto de un cuerpo; despues la luz indecisa que penetra por la ventana, le permite reconocer á su madre.)

CÁRMEN. ¡Hijo adorado!

ANDRÉS. ¡Nadie mi crímen sabrá!

CÁRMEN. ¡Jesús! ¿Qué has hecho, hijo mio?

ANDRÉS. Madre, calla.

CÁRMEN. Hijo insensato.
¡Un crímen!

ANDRÉS. Fué un arrebato.
Luisa robó mi albedrío,
jugó con mi alma inhumana;
se mofó de mi pasion,
hirióme en el corazon
su belleza soberana
provocando mi fiereza,
y con saña inconcebible
dije: pues me es imposible
nadie goza su belleza.

CÁRMEN. ¿Le has dado muerte?

ANDRÉS. Sí tal.

CÁRMEN. ¡Qué horror!

ANDRÉS. Ella lo ha buscado.
Aquí acaba el hombre honrado,
y comienza el criminal.
Tan sólo la muerte ansío.

CARMEN. ¡Calla, insensato! (Estrechándose contra su hijo.)

ANDRÉS. ¡Piedad!
Me abruma esta oscuridad.

CARMEN. A mí no; ¡calla, hijo mio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO

*La misma decoracion del acto anterior.*

## ESCENA PRIMERA

ANDRÉS y ANTON

ANTON. No fué muy buena la noche
que todos hemos pasado...
Y el señor fuera de casa,
y la señora velando,
y el... demonio en todas partes.
¿El sueño? no lo he probado
esta noche.

ANDRÉS. ¿Y tú no sabes
de lo que se dice algo?

ANTON. En verdad, nada se sabe
de cierto. A mí me han contado
que ayer noche se oyó un tiro
y se alarmó el vecindario;
y que despues, en la puerta
de nuestra casa, encontraron
el cadáver de una jóven,
y que, como es de estos casos,
la justicia anduvo torpe:
mala vista, el paso tardo,
y esta es la bendita hora
que al matador no ha encontrado.

ANDRÉS. ¿Y qué más dice la gente?

ANTON. Hace muchos comentarios,
y hace que se compadece
de un fin tan inesperado.
Sobre todo las mujeres,
como hablan y mienten tanto,

dicen... que si fué el amor
la causa; que despechado
dicen otras... un amante...
pues, como tenia tantos...

ANDRÉS. Bueno; acaba.

ANTON. La mató,
ya loco y desesperado.
Y hay quien dice más: se dice
que otra mujer le ha causado
la muerte... y, en fin, lo cierto
es que nada se vé claro.

ANDRÉS. Pues tú algo más has oido
y te lo callas.

ANTON. Lo callo,
señor, porque no es verdad;
porque me costó trabajo
el escucharlo siquiera,
y porque el pueblo es muy malo,
y aquí el chisme y el embuste
son alimento diario.
No fué delante de mí,
puesto que me lo contaron;
que si alguno se atreviera
á murmurar de mi amo,
ó de usté, ó de don Julian,
yo le juro, por San Pablo,
que no le quedaran muelas
ni miembro del cuerpo sano.

ANDRÉS. ¿Y á quién, á quién le atribuyen
ese crímen?

ANTON. (¡Malo! ¡malo!
se lo tendré que decir
aunque me cueste trabajo.)
Pues... se cuenta, don Andrés,
que su... primo de usted... vamos,
como la hizo el amor
y la idolatraba tanto...

ANDRÉS. ¡Mi primo Julian!

ANTON. Su primo,
que, viéndose desdeñado,
no pudiendo contener
la pasion... el arrebato,
la mató...

ANDRÉS. (¡Pobre Julian!)

ANTON. Pues vaya un bendito chasco
que se llevará al saberlo:
él que es casi casi un santo.
ANDRÉS. Pero esa calumnia infame
¿quién se permitió? ¿Qué osado
echó esa mancha en su nombre
limpio y puro, noble y alto?
ANTON. Eso sí que no lo sé,
y saberlo será en vano.
ANDRÉS. (No es tan grande mi desdicha
aunque es igual mi pecado.)
ANTON. Tambien la casualidad
hace pasar unos tragos...
Ya podian suceder
estas cosas largo, largo
y no á la puerta de casa;
pues buena noche han pasado
su mamá y la señorita.
Jamás al señor llamaron
con más oportunidad.
Si al ménos hubiera estado...
Por supuesto, el perillan,
la perillana... ó el diablo
que haya cometido el crímen
no habrá llevado mal paso.
ANDRÉS. Calla.
ANTON. Señor... no creia...
ANDRÉS. No sé á que viene hablar tanto.
ANTON. Como me dijo que hablara
hablé; pero ya me callo.
(Qué bien dice su papá
al decir que está tocado.) (Váse foro.

## ESCENA II.

ANDRES (solo.)

ANDRÉS. En vano, en vano contrito
pido al cielo que me alumbre
¡me agobia la pesadumbre
inmensa de mi delito!
Y cuando pretendo alzar
mis ojos al firmamento,
el propio remordimiento

me los obliga á bajar.
Ayer era digno, y hoy
me deshonra mi pecado;
que está de sangre manchado
el camino por que voy.
¡Cómo las cosas se van
sucediendo en la existencia;
y el delito y la inocencia
á veces, qué cerca están!
En vano el alma procura
hacer mi desdicha leve;
¡Memoria! deja que lleve
á mis lábios tu amargura.
Sí, déjame recordar
cómo mi mano al herir,
puso término al reir
y comienzo al espirar. (Pausa.)
¿Amor? mentira, fiereza,
rábia salvaje, delirio.
¡El amor lleva al martirio
pero nunca á la vileza!
Mas ¡ay! que la carne tiene
su imperio sobre el amor,
y así envenena al licor
el vaso que le contiene.
¡Oh! dulce amor bendecido,
no engendraste mi pecado.
¡Soy el ángel sublevado
que de tu cielo ha caido!
Busqué un amor con empeño
y ese amor no me redime,
¡que no engendra lo sublime
miserias de lo pequeño!
Víctima de un paroxismo,
del amor nada me queda.
Alma que vacila, rueda
hasta el fondo del abismo,
y ya en él en vano ansía
calmar anhelos mortales:
que tienen mucho de iguales
la impotencia y la agonía.
Debes el caso aclarar
dice mi conciencia airada.
¡Conciencia, si estás manchada

por qué te atreves á hablar!
Ese mentido rumor
que hoy acusa á un inocente,
es el fin de la pendiente
por donde rueda mi honor.

## ESCENA III.

ANDRES y CARMEN.

(Andrés permanece sentado con la cara oculta entre las manos, en tanto que Cármen, saliendo puerta derecha, con muestras de gran sobresalto se dirige á él.)

CARMEN. ¿Llorando?
ANDRES. Llanto tardío,
¿verdad?
CARMEN. No: que el llanto á veces
enseña el camino cierto
de las almas que se pierden.
¿Nadie?
ANDRES. Nadie, que el misterio
como cómplice se ofrece.
¡Sólo tú!...
CARMEN. Para salvarte.
ANDRES. ¿Pero es, madre, que me quieres
todavía?
CÁRMEN. ¡Y el ingrato
á dudar de mí se atreve!
ANDRES. Mis manos están manchadas
y mis ojos dicen muerte.
CÁRMEN. Más bajo por Dios, más bajo,
quedo, muy quedo, que pueden
oir...
ANDRES. Si dentro de poco
cara á cara habré de verme
con la propia infamia
CARMEN. ¡Nunca!
ANDRÉS. ¡Que no!
CARMEN. Sabré defenderte
de tal peligro.
ANDRES. No, madre.
CARMEN. ¡Hijo, sí!
ANDRES. No, quien desciende
hasta el lodo, se salpica
de lodo.

CARMEN. Verdad; mas puede
bajar hasta el fango, quien
la vida en el fango tiene.
ANDRES. El que encubre es criminal.
CARMEN. Y es criminal quien no quiere;
y cuando el cariño manda
el alma entera obedece.
ANDRÉS. Yo no consiento en mancharte.
CARMEN. Ni yo consiento el perderte.
¡Tú, mi vida! ¡tú, mi encanto,
sujeto por los grilletes
del presidiario, ó tal vez
hallando afrentosa muerte
en un patíbulo!
ANDRES. ¡Calla!
¡Qué horror! Madre, me estremecen
tus palabras.

(Pausa. Despues, y como completando el pensamiento, Cármen prosigue siempre en voz muy baja su relato.)

CARMEN. En países
lejanos tal vez encuentres
redencion para tu culpa.
ANDRES. ¡Huir!
CARMEN. Pronto, pues advierte
que la justicia trabaja
y la propia culpa vende.
ANDRES. Pero es, madre de mi alma,
que tales cosas suceden,
que eso es imposible.
CARMEN. ¡Cómo!
ANDRES. Ha dado en decir la gente...
CARMEN. ¡Calla! que Julian se acerca,
por Dios, que nada sospeche.
ANDRES. ¡Para el delito, yo solo,
tú y yo para padecerle!

## ESCENA IV.

DICHOS y JULIAN (por la derecha.)

JULIAN. ¡Andrés!... ¡Cármen!
ANDRES. ¡Ah!
CARMEN. ¡Julian!
JULIAN. Extraño temor advierto.

CARMEN. El horrible crímen...
JULIAN. Cierto.
CARMEN. He puesto todo mi afan
en calmarme, pero en vano
le pido á mi pecho calma.
ANDRES. (Qué grito siento en el alma
que me acusa de inhumano.)
CÁRMEN. Y hasta la pobre hija mia
sintió tan hondo pesar,
que no cesa de llorar.
JULIAN. Tambien á mí me afligía
rudo pertinaz tormento
unido á inmenso quebranto;
mas tanto he sufrido, tanto,
que ya sufro y no lo siento.
¡Pobre Luisa! no me amó
y jamás la dí al olvido.
ANDRES. (Y aún piensa que la ha querido
con la vida como yo.)
CÁRMEN. Qué horrible noche, sombría,
y que implacable destino.
JULIAN. El golpe del asesino
y los gritos de agonía,
aún en mi oido resuenan
y atemorizan mi mente,
y de pavor inclemente
el alma triste me llenan.
Aunque borrárlo deseo,
con aquel recuerdo lucho,
y hasta pienso que la escucho
y hasta pienso que la veo.
CÁRMEN. ¡Mas entre sombra!
JULIAN. Es que alumbra
el rayo tempestuoso
y se mira el rostro hermoso
al rasgarse la penumbra.
CÁRMEN. ¿Y la gente?
JULIAN. Acude y grita.
CÁRMEN. ¿Y el matador?
JULIAN. ¡No! El villano.
ANDRES. (¡Oh, Dios!)
JULIAN. Se le busca en vano;
la muerte se precipita
y tiende su negro velo

que ha tejido un asesino,
sobre aquel rostro divino
que Dios modeló en el cielo.

CÁRMEN. ¿La amabas mucho?

JULIAN. La amaba,
como se ama lo imposible,
más su amor era increible.

ANDRES. (Este tormento no acaba.)

JULIAN. Si el implacable destino
una sola vez clemente
me hubiera puesto defrente
al miserable asesino...
por mi nombre, ¡juro á Dios!
que no acaba sin vileza.

(Movimiento de Andrés. Se levanta y coje por el brazo á Julian.)

ANDRES. Julian, calma tu fiereza
y seamos hombres los dos.

CARMEN. (¡Clemencia, señor, clemencia!)

JULIAN. Tienes razon: sucedió
el hecho, se consumó,
pues sufrirlo con paciencia.

(Se sienta y oculta el rostro entre las manos.)

CARMEN. Ya tarda mucho tu padre.

ANDRES. ¿Sentís que no haya venido?

CÁRMEN. (Finge y sufre, hijo querido
¡Andrés! Andrés. (Llorando.)

ANDRES. ¡Calma, madre!)

(Sale Cármen puerta derecha.)

## ESCENA V.

JULIAN y ANDRÉS.

ANDRES. ¿Sufres, lloras?

JULIAN. No hallo calma.

ANDRES. Y á tu inconsolable duelo...

JULIAN. No le ha llegado el consuelo
que nos dulcifica el alma;
pero aunque llegado hubiera,
de otro corazon herido
vendria, primo, querido,
pues de tí difícil fuera.

ANDRES. Quejas me vienes á dar...

JULIAN. ¿Para qué hemos de mentir?

ANDRES. Dime lo que has de decir.
JULIAN. Pues comiénzame á escuchar.
ANDRES. Habla, pues.
JULIAN. A vuestro lado
vine para consolarme,
pues cerca estuvo de ahogarme
con sus injurias el hado.
Solo en el mundo me ví;
á mi alrededor miré;
rico y triste me encontré,
y busqué cariño aquí.
Mi alma en naufragio perdida
sin una esperanza sola,
vió, que avanzando una ola
amenazaba su vida;
y queriéndose salvar
llorando cual la de un niño,
vió aquí un faro, vió un cariño,
vió una playa en este hogar.
Y el afecto tuve aquí
de tus padres y de Emilia.
ANDRES. Sí; de toda la familia.
JULIAN. De toda, ménos de tí.
Yo al principio te halagaba
buscando tu compañía:
la juventud nos unia
y el desdén nos separaba.
Tú siempre de mí alejado
me mirabas con desprecio,
mas ya dejé de ser necio.
¡Buen trabajo me ha costado!
ANDRES. Eres injusto conmigo.
Conoces perfectamente
mi carácter: tanto siente,
que el corazon es testigo
de mis hondas afecciones.
JULIAN. Tan hondas deben de ser,
que nadie las pudo ver
pintadas en tus acciones.
ANDRES. Julian, no sé si será
injusta tu acusacion;
no sé si tengo razon;
no sé si me faltará.
Lo que te puedo decir,

sin que lo puedas dudar,
es que yo sé idolatrar
y por un alma morir.
Ni yo encuentro más razones,
ni siento más afeccion;
pues no sé que una pasion
se reparta por girones.

JULIAN. ¿No amas á tu madre?

ANDRES. ¡Sí!

JULIAN. ¿Y á Emilia?

ANDRES. Á Emilia tambien.

JULIAN. Pues por muy seguro ten
que las repartes.

ANDRES. Así (Dudando.)
es, Julian; pero tú en vano
te esfuerzas.

JULIAN. Y entre tu padre...

ANDRES. Amo á la una como madre,
á la otra por ser su hermano.
Mas no hay un cariño igual
al que nadie ley le dió,
y nació... porque nació;
é inocente ó criminal,
forma como nuestra esencia,
y es instinto, y es derecho,
y grita dentro del pecho,
y resuena en la conciencia.
El que tanta alma perdió,
el que pone alegre y triste,
el que por Luisa sentiste...
(mejor: el que sentí yo.)

JULIAN. ¿Y hasta dónde llegaria
tu sacrificio inocente?

ANDRES. Pregúntaselo al torrente
que corre á la mar bravía. (Pausa.)
Nace en el cerro sombrío
un arroyo, se abre calle;
baja de la cumbre, al valle,
toma fuerza, toma brío;
por entre el peñasco salta
y mayor fuerza recobra;
dá al suelo lo que le sobra,
le dá el cielo lo que falta;
llega al mar con sordo grito

haya luces ó haya bruma,
y se corona de espuma
al hundirse en lo infinito.
Es un torrente el amor
que mi suerte me destina,
y entre obstáculos, camina
á los mares del dolor.
Y si sus olas me oprimen
y me lanzan al azar,
yo, soy capaz de llegar
al infinito del crímen.

JULIAN. Calma, Andrés tu exaltacion,
no pienses tales locuras.

ANDRES. Es verdad, tú me aseguras
la paz en mi corazon.

JULIAN. Tienes honrada conciencia
y en tí no cabe doblez.

ANDRES. Perdona, por esta vez
mi glacial indiferencia.
Desde ahora fieles seremos.

JULIAN. Te quiero como á un hermano.

ANDRES. Pactemos, venga esa mano.

JULIAN. Venga esa mano y pactemos.

## ESCENA VI.

DICHOS y EMILIA que entra.

EMILIA. Abrazados.

JULIAN. Ya lo ves.

EMILIA. Me alegro ¡Gracias á Dios!
¿Os quereis mucho los dos?

JULIAN. ¿Por qué no decir los tres?

ANDRES. Tienes razon, es verdad.

JULIAN. Pues que los tres nos queremos,
bien unidos formaremos
amorosa trinidad.

ANDRES. Cuando el alma se despeña
por el dolor, ambiciona
quien la quiera.

EMILIA. ¿Qué persona (Con ironía)
será Andrés la que te enseña
tales cosas? Me confundo
al escucharte.

ANDRES. El dolor,
que es el maestro mejor
para la ciencia del mundo.
EMILIA. ¿Aprendiste sus lecciones?
ANDRES. Y de memoria las sé;
(cómo en mi rostro no vé
la huella de las pasiones.)
JULIAN. Pero gracias á la suerte
en tí brilla la alegría.
ANDRES. Sí. (El brillo de la agonía
con que se anuncia la muerte.)
EMILIA. Fuera reservas y ten
por todos solicitud.
ANDRES. (Qué bien habla la virtud.)
EMILIA. Interrumpe ese desdén
conque siempre has entibiado
el calor de la familia.
ANDRES. Sí; teneis razon, Emilia,
Julian, estaba obcecado.
Pero ahora me hace falta
el auxilio del amor:
que el corazon, de dolor
henchido en su cárcel salta.
Vuestras frases y consuelos
servirán de lenitivo
al tormento con que vivo
agoviado por los duelos. (Váse puerta derecha)

## ESCENA VII.

EMILIA y JULIAN.

EMILIA. Pues mi hermano está cambiado.
JULIAN. Y yo tambien, prima mia.
EMILIA. Cualquiera al veros diria
que el mundo os ha desdeñado.
Al fin llamais á las puertas
de quien os puede calmar,
que las puertas del hogar
al amor se hallan abiertas.
JULIAN. Acaso tienes razon.
EMILIA. Vaya... ¿no la he de tener?
JULIAN. ¡Tarda tanto en escojer
buen camino el corazon!

Pecador que se arrepiente
al cabo la gloria alcanza.

EMILIA. Tener más de una esperanza
es en todo, inconveniente.

JULIAN. Se acaba la noche oscura
y al fin el dia comienza.

EMILIA. Acaso el amor no venza (Con ironía)
tan horrible desventura.
¡Cómo es posible endulzar
la hiel de los desengaños!
¡Penas de tales tamaños
cómo se pueden calmar!

JULIAN. La mia pensando en quién
hará feliz mi existencia.
No muestres indiferencia;
no me mires con desdén.

EMILIA. Vamos, á tí se te antojan
los dedos huéspedes, yo...

JULIAN. Eres vengativa.

EMILIA. No
soy, como esas que se enojan
por cualquier motivo fútil.

JULIAN. (Vamos, es fuerza callarse.)

EMILIA. Es ridículo enfadarse
buscando un pretesto inútil.

JULIAN. Pero basta de ironía
y óyeme un solo momento,
que no sabes cómo siento
llena el alma de alegría
pensando en que tú serás
si me quieres, el encanto
de mi vida.

EMILIA. (Sin poderse contener.) ¡Me amas tanto!
¿Pero dices la verdad?

JULIAN. ¡Ah, sí!

EMILIA. Mas, ¿cómo se explica?

JULIAN. Ya la antigua luz se apaga.

EMILIA. Aquél, el amor que embriaga.

JULIAN. Este, amor que dignifica.
Aquél, ardiente licor
que el alma enrojece y quema;
bálsamo que dá la extrema
felicidad, este amor.

EMILIA. ¡Inconstante!

JULIAN. No lo fuí;
obcecado.
EMILIA. Arrepentido.
JULIAN. Soy un desdichado herido,
usa tu bondad en mí
EMILIA. Te cansarán estos lazos;
sufre por tu aberracion.
JULIAN. Dame tú alma por prision
y por cadenas tus brazos,
y juro que ha de durar
mi cautiverio amoroso
hasta la muerte.
EMILIA. Precioso
porvenir, á no dudar:
mas quien ha sido inconstante
puede serlo todavía.
JULIAN. Dí, que me amas alma mia,
y juro que en adelante
viviré para quererte.
Tú sola en mi mandarás.
Dime Emilia, ¿me querrás?
EMILIA. ¡Julian!

(D. Juan entra por el foro á tiempo de oir los últimos versos. Se adelanta é interponiéndose entre Julian y Emilia exclama):

D. JUAN. ¡Primero la muerte!

## ESCENA VIII.

DICHOS y D. JUAN.

JULIAN. ¡Tio!
EMILIA. ¡Papá!
D. JUAN. ¡Cállate!
JULIAN. Pero...
D. JUAN. Hablaremos, Julian.
JULIAN. ¿Usted ha dicho?
D. JUAN. ¡Qué afán!
de todo te enteraré.
¿En mi rostro no has notado
impresa la indignacion?
JULIAN. Dígame usted la razon.
D. JUAN. ¡Calma!
EMILIA. ¡Por Dios!
D. JUAN. Al contado.

Pero antes, niña inocente
(Cojiendo á Emilia de la mano y llevándola hácia la puerta foro, dice los versos que siguen.)
de que yo contigo hable, (Dirigiéndose á Julian.)
desprecia á ese miserable;
maldice á ese delincuente.

JULIAN. ¡Oh! calle usted.

EMILIA. No, ¡por Dios!

JULIAN. Explicaciones...

D. JUAN. Ahora.

EMILIA. ¡Padre mio!

D. JUAN. Vete y llora. (Sale Emilia.)
Ya estamos solos los dos.

## ESCENA IX.

DON JUAN y JULIAN.

JULIAN. Sin su permiso, á mi prima
hablé de amor, lo confieso,
hice muy mal; pero eso
no basta para que encima
de mi honrado nombre...

D. JUAN. No,
si ya no lo es.

JULIAN. Dudar
de mi honra, es delirar.

D. JUAN. Voy á probártelo yo.

JULIAN. El respeto me contiene

D. JUAN. A mí sólo me sonroja.

JÚLIAN. No piense usted que recoja
frases con que á herirme viene.
Pero tio, por favor,
mire usted que ya el coraje
se enciende con el ultraje
y ruje amenazador...

D. JUAN. La verdad te sabe á injuria,
te hacen daño mis razones...
(Julian vá á lanzarse sobre D. Juan; pero arrepentido se detiene y dice):

JULIAN. Vengan las esplicaciones,
y perdone usted mi furia.

D. JUAN. Albergaba aquí un sobrino
creyéndole un hombre honrado,
pero...

JULIAN. Y así se ha portado.
D. JUAN. No tal; como un asesino.
Pero dime ¿en tu conciencia
tu propio crímen, no zumba?
No ves que se abre una tumba
y que falta una existencia?
JULIAN. ¡Dios mio! ¿Qué esplicacion
tales palabras merecen?
¿Tiemblo? ¡Cómo se parecen
la culpa y la indignacion!
Me acusan...
D. JUAN. De haber matado
á esa Luisa.
JULIAN. ¡Madre, ah!
D. JUAN. ¡Calla! que ese nombre está
en tus lábios profanado. (Pausa. Julian solloza )
Llego al puente ansioso de
abrazaros, y la gente
que estaba ocupando el puente
me hace parar y paré.
La multitud me rodea
y suena á mi alrededor,
un ruido, igual al rumor
con que avanza la marea.
En su hogar—dicen—se halla
un criminal, y al decir
esto, se aumenta el latir
de mi corazon que estalla.
¿Quién es? pregunto, ¡Julian!
responden todos; ayer
ha matado á una mujer.
Mis manos le entregarán
contesto á la airada gente.
JULIAN. Por Dios... (Con indignacion.)
D. JUAN. Deja que concluya;
y toda la infamia tuya
quede grabada en mi frente.
Siento que la sangre salta
á mi faz enrojecida.
JULIAN. ¡Basta ya!
D. JUAN. No, por mi vida
que has de escuchar lo que falta.
Me lanzo con decision
á la estrecha callejuela;

ya rabioso, pico espuela,
corro, y paro ante el portón;
bajo á tierra, subo y entro
por la vergüenza escitado;
llego aquí y enamorado
junto á mi Emilia te encuentro.
Y al oir frases de amor
mentidas, á no dudar,
pienso que nos quieres dar
algo de tu deshonor.

JULIAN. Ya no hay paciencia que aguante
tanto insulto.

D. JUAN. ¡Infame! calla.

JULIAN. A esa estúpida canalla
quisiera tener delante
como á usté para decirle
sin vacilacion, que miente;
que brilla pura mi frente,
y que no he de consentirle
que dude sin compasion
porque si no...

D. JUAN. Te adivino.

JULIAN. Para llamarme asesino
pudiera tener razon.

D. JUAN. ¡Un crímen más!

JULIAN. ¡Yo le ruego
que se calle!

JULIAN. La honradez
no cede una sola vez
ante un delincuente.

JULIAN. El fuego
del alma á la cara sale.
Hábleme usted con prudencia.
Nunca estimé la paciencia
y ahora veo lo que vale.

D. JUAN. Ruegas...

JULIAN. Exijo, mejor.

D. JUAN. Mis canas por lo que infiero
no respetas...

JULIAN. Lo primero
en el mundo es el honor.

D. JUAN. ¿Y tú lo tienes?

JULIAN. Ya basta;
sal indignacion del pecho,

yo soy el alud desecho
que al estremecerse aplasta. (Cojiendo á D. Juan.)
Está más limpio mi honor
que el de usted, porque ha dudado,
y al dudar, me ha calumniado
como cualquier impostor.

D. JUAN. ¡Julian!

JULIAN. Deje usted.

D. JUAN. ¡Detente!

JULIAN. Quiero verter en su oido
toda la hiel que ha escupido
sobre mi rostro inocente.

(Cármen sale y se dirije hácia Julian que mantiene cojido á don Juan.)

CÁRMEN. ¡Dios mio! ¿Qué pasa, Juan?
¿qué sucede? ¡Cielo santo!

D. JUAN. ¡Ah! Deja...

CARMEN. (Señalando á Julian.) ¡En tus ojos llanto!

JULIAN. Y aquí, en el pecho, un volcán.

## ESCENA X.

JULIAN, CARMEN, DON JUAN, el JUEZ y acompañamiento.

JUEZ. La justicia.

CARMEN. ¿Qué pretende?

JUEZ. Con la Ley viene á cumplir.
Nada injusto ha de exijir
porque su deber entiende;
un crímen se ha cometido
anoche; y tenaz la gente
sospecha que el delincuente
aquí se halla guarecido.

JULIAN. ¡Su nombre!

JUEZ. Julian Verona.

CÁRMEN. ¡Ah!

JULIAN. Yo no soy asesino,
habeis errado el camino,
mi honradez sólo me abona.

JUEZ. Si no hubiérais sido amante
de la víctima inmolada...

JULIAN. ¿Pero usted, no dice nada? (A Cármen.)
¿No estuve aquí en el instante
que el crímen se cometió?

CÁRMEN. (Mi hijo es antes.)
JULIAN. La verdad...
D. JUAN. No exijas complicidad
á mi esposa.
JUEZ. Ved que yo
obrando siempre en conciencia
y con muy justa equidad,
ni la culpabilidad
prejuzgo, ni la inocencia.
JULIAN. ¿Por sospechas?
JUEZ. Dáos preso:
JULIAN. A ello sí, dispuesto estoy,
mas ved que inocente soy
(Dirigiéndose á Don Juan y Cármen.)
y ved vosotros que impreso
llevo ya estígma infamante,
ved que vuestro auxilio pido
y no encuentro un sér querido,
ni hallo un corazon amante.
Ved, que vuestra alma inclemente
me abandona con mi duelo,
y ved que el que escupe al cielo
le cae la mancha en la frente.

## ESCENA XI.

DICHOS Y EMILIA que entra agitada. Despues entra ANDRES.

EMILIA. ¿Qué sucede aquí? ¡Julian!
¡Madre! ¡Qué horror! ¡Padre mio!
¿Qué es esto, que en vano ansío
comprenderlo?
(Se arroja en brazos de Julian. D. Juan se dirije entonces á Emilia y la separa violentamente de Julian, diciendo):
D. JUAN Torpe afan
no formes impuros lazos
que serán lazos fatales:
no ampares á criminales,
que te mancharán sus brazos.
EMILIA. ¡Julian!
(Viendo alejarse al Juez con Julian y acompañamiento: Andrés aparece y le detiene Cármen diciendo):
CÁRMEN. ¿Dónde vás? Advierte...

ANDRES. (A su madre.) Yo no consiento tal mengua.
CARMEN. ¡Hijo, arráncate la lengua,
ó si no, dame la muerte!

(Los actores formarán dos grupos: uno á la derecha de la puerta del foro, estará formado por Cármen y Andrés; otro á la puerta izquierda, por D. Juan y Emilia.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO

*Gabinete modestamente amueblado y de forma ochavada, en la casa de D. Juan. Puerta al foro de salida á la calle. Una puerta derecha y en la ochava izquierda puerta falsa practicable. Muebles sencillos.*

## ESCENA PRIMERA

ANTON (que sale, puerta foro.)

ANTON. Pues, señor, hace dos dias
que no vivo ni descanso.
Sin estar quieto un minuto,
cuándo arriba, cuándo abajo,
y dando más vueltas, que
veleta de campanario.
¡Y qué poquitas agallas
tengo yo para estos casos!
En hablándome de jueces,
alguaciles y escribanos,
ya se me pone la piel
como de gallina. El caso
la verdad, no es para ménos,
que á cualquiera le dá espanto,
sin encomendarse á Dios
verse de pronto, mezclado
en un asunto que al fin
no se le importa ni un rábano.
Y además que á mí me asusta
la justicia, áun siendo honrado;
cuando escribe me dá miedo,
cuando pregunta me escamo,
me aturdo cuando me mira,
y si me busca me alarmo;
pues en cosas de curiales,

como en romana del diablo,
entran todos, y esos todos
á veces, son estacazos,
que se le vienen encima
al que está más descuidado.
La pólvora y la justicia,
mucha y buena, pero largo;
puesto que los cazadores,
cuando buscan los gazapos,
por herir las alimañas
suelen herir á los galgos.
Pero aquí viene el señor.
¡Pobrecillo! está acabado.

## ESCENA II.

ANTON, D. JUAN (sale foro.)

ANTON. Muy buenos dias, D. Juan.
D. JUAN. ¡Hola, Anton, viniste al cabo!
ANTON. Verdad, señor que tardé,
pero es que estuve esperando
noticias del pobre preso.
D. JUAN. ¿Y qué te ha dicho? Sepamos.
ANTON. Me han dicho cosas muy malas.
D. JUAN. Peores que las que aguardo
no podrán ser.
ANTON. Pues peores
son sin duda, que el nublado
cuando descarga de recio
no deja rama en el campo.
D. JUAN. ¿Y que es ello? pronto, dime...
ANTON. Es, señor... si estòy temblando
y no puedo...
D. JUAN. ¿Acabarás
de una vez?
ANTON. Vaya si acabo,
pero es conmigo con quien
acabaré, que estos pasos
no se han hecho para mí.
D. JUAN. Habla pronto, por el diablo.
ANTON. Pues escuche con paciencia
que la necesita el caso. (Pausa.)
El Juez quiere trasladar
al preso.

D. JUAN. ¡Cómo!
ANTON. Llevarlo
á la capital, pues dice
que el crímen extraordinario
de que se trata, merece
tener bien asegurado
al reo; y como la gente
está irritada, y hay gansos
que hablan al pueblo de hacer
la justicia por su mano;
y aquí no hay cárcel, ni nada
de lo que es tan necesario,
piensa el juez cojer al preso
y en la capital dejarlo.
D. JUAN. ¡Dios divino!
ANTON. D. Julian
está de pena llorando;
se contempla conducido
por los guardias, maniatado
como van los criminales,
y presintiendo el escándalo,
repite que es inocente,
y que á tal bochorno, vamos...
prefiere muerto primero
verse, que así maltratado.
D. JUAN. ¿Inocente?
ANTON. Y yo lo creo.
D. JUAN. ¿Tú lo crees?
ANTON. Pues es claro.
Llevan escrita en la cara
la maldad todos los malos,
y el señorito Julian
tiene la cara de santo.
D. JUAN. La justicia...
ANTON. La justicia
esta vez se ha equivocado.
D. JUAN. Sacarle así á la vergüenza, (Pensativo.
es lo mismo que matarlo.
ANTON. Tiene usted razon; por eso
debe lograr evitarlo.
D. JUAN. ¿Y qué me aconsejas que haga?
ANTON. ¿Qué, señor? Que nos vayamos
á ver al Juez, por si quiere
aplazar ese traslado.

D. JUAN. Vamos, Anton, donde quieras.
¡Ay! ¡Qué dias tan amargos!

(Se van Anton y D. Juan por el foro; sale puerta derecha Cármen, que se supone ha oido las últimas palabras de D. Juan.)

## ESCENA III.

CÁRMEN.

CARMEN. ¡Es verdad! ¡Cuánta amargura
puede apurarse en un dia!
Y eso que tú, todavía
ignoras tu desventura.
Son los pesares cadenas
que no cesan de oprimir,
y cuando dan en venir
nunca se agotan las penas.

(Pausa. La actriz, que ha permanecido en el dintel de la puerta, como contestando mentalmente frases de la escena anterior, sigue el monólogo.)

¡Providencia, te bendigo!
pero cesa en tu rigor.
¡No conocia al dolor,
y ya es mi mejor amigo!
Basta ya de padecer,
necesito descansar;
porque un dia de pesar
dura un año de placer.
¡Cielo divino! tu calma
es mi vida, te lo juro.
¡Tú no sabes cuán oscuro
está el fondo de mi alma!
Tan sólo veo, á través
de mi pobre pensamiento,
erguido el remordimiento
y la conciencia á sus piés.
Ya te he visto caminar,
ventura, sobre el pecado,
como cadáver de ahogado
que flota sobre la mar.
Y ya sólo anhelo verte
por última vez, el dia
que te eche la mar bravía
á las playas de la muerte.

¡Muerte! Dame tu negrura,
porque para mi reposo
ya no hay lecho tan hermoso
como el de la sepultura.

(Queda con la cara oculta por las manos.)

## ESCENA IV.

CÁRMEN y ANDRES

ANDRÉS. ¡Madre!
CARMEN. ¡Hijo mio!
ANDRÉS. Tu llanto
es mi acusacion constante.
¡Que no hay alma que soporte
este suplicio tan grande!
CÁRMEN. Pues mal dicen tus palabras
con tus hechos. En salvarte
tardas ya.
ANDRÉS. ¡Quiera mi suerte
que no se pierdan mis planes!
Esta misma noche salgo (Con misterio.)
por esa puerta. (Señalando la falsa del lado izquierdo.)
CÁRMEN. ¿La llave?
ANDRÉS. (Sacando la llave y un pliego de su bolsillo.)
La tengo ya, y este pliego
que vá conmigo...
CÁRMEN. (Interrumpiendo.) ¿Enviarle
podrás?
ANDRÉS. ¡Ay! que ya me asusta
seguir siendo tan infame.
En él mi declaracion
afirmo y habré de darle
en cuanto pueda.
CARMEN. ¡Primero
tú, hijo del alma, que nadie!
¡Hasta que no estés seguro,
no! Pudieran apresarte
y entónces... ¡Dios de mi alma,
entónces!..
ANDRÉS. ¡Oh! por Dios ¡cállate!
CARMEN. ¿Y estás ya bueno?
ANDRÉS. Lo estoy.
La dolencia no fué grave.
CÁRMEN. Mas retrasó tu partida,

y ya comienza á inquietarme
la tardanza. ¡Si tu crímen
se descubriese!

ANDRÉS. ¡No hables!

CARMEN. ¡Yo he sido tu encubridora,
yo me he manchado con sangre
del crímen, porque no quiero
Andrés mio, que te lancen
al presidio! ¡Qué al presidio,
al cadalso...!

ANDRÉS. ¡Madre! ¡madre!

CÁRMEN. Es muy horrible verdad,
¡muy horrible!

ANDRÉS. ¡Miserable (Estrechando á su madre)
de mí, que arrastré hasta el lodo
las purezas de este ángel!

CARMEN. ¡El destino nos empuja!

ANDRÉS. ¿Cuándo querrán acabarse
estas zozobras?

CARMEN. Despues
que tú en seguro te halles.

ANDRÉS. ¿Y tú?

CARMEN. Yo, con mi vergüenza
retratada en el semblante,
esperaré á que la muerte
con sus caricias me calme.

ANDRÉS. ¡Morir!

CÁRMEN. ¡Descansar!

ANDRÉS. Tener
el fin de la madre mártir.

## ESCENA V.

DICHOS y EMILIA.

EMILIA. ¡Andrés!

CÁRMEN. ¡Emilia!

ANDRÉS. ¿Qué pasa?

CARMEN. Habla.

ANDRÉS. ¿Qué ocurre?

EMILIA. No puedo
hablar, que enmudece el miedo.

CARMEN. Hija, si tu frente abrasa.

ANDRÉS. Si late tu corazon
con tan intenso latido,

que hasta resuena en mi oido
su rítmica pulsacion.

EMILIA. Esa gente... ¿no sabeis
lo que dice?

CÁRMEN. (¡Cielo santo!)
¿Qué es ello?

ANDRES. (¡Tiemblo de espanto!)

EMILIA. Entonces no comprendeis
mi angustia. Van á sacar
á mi primo.

CARMEN. ¿Libre?

EMILIA. No;
el señor juez acordó
que se le debe alejar,
y le trasladan.

CARMEN. (¡Creí!)

EMILIA. Le espera la multitud,
se agolpa con actitud
provocativa.

ANDRÉS. (¡Ay de mí!
que no resisto...)

CARMEN. Inclemente,
y bárbaro proceder.

ANDRES. Eso no ha de suceder.
Si Julian es inocente.

CÁRMEN. ¡Hijo! ¿qué dices?

EMILIA. ¡Verdad!

(Cármen se dirije á su hijo y le tiene cojido hasta el fin de la escena.)

CÁRMEN. (Por Dios, calla, que te vendes.)

ANDRES. Pero madre, ¿no comprendes
que me asusta mi maldad?

EMILIA. ¡Inocente! quien lo duda,
¿verdad, hermano del alma?
¿Por qué me escuchas con calma,
madre mia, y estás muda?
¡Anda, ayúdame á salvar
á Julian que no ha pecado!
Mira Andrés, lo ha confesado,
tal vez pueda revelar
algo, que sea en provecho
de mi primo.

ANDRÉS. (¡Qué agonía!)

EMILIA. ¡Ayúdame, madre mia!

CÁRMEN. (¡Cómo me desgarra el pecho!)
EMILIA. Si viene el gozo profundo
en pos de las amarguras,
¡Dios mio, cuántas venturas
voy á tener en el mundo!
ANDRÉS. ¿Pero por qué obcecacion
está esa gente animada?
EMILIA. Se manifiesta indignada
y con muy justa razon.
Se concibe que el torrente
de una irresistible furia
procure vengar la injuria
cara á cara y frente á frente.
La ceguedad se concibe
del que ha sido maltratado,
y que busque, el desgraciado,
al que venturoso vive;
que le rete con valor
y la existencia le pida;
pero, arrancar una vida
con argucias de traidor;
buscar la sombra al herir
es una infame flaqueza,
porque debe haber nobleza
hasta para delinquir.
CARMEN. ¡Dios mio! (Estrechando á su hijo.)
ANDRÉS. (¡Qué desconsuelo!)
EMILIA. Los que matan...
ANDRÉS. (A su madre en voz baja.) ¿Qué más quieres?
EMILIA. A indefensos ó á mujeres,
no tienen perdon del cielo.
Por eso nunca he creido
que fuera Julian culpable.
¡No ha de ser tan miserable,
hombre que tan noble ha sido!
ANDRES. (Que durante la relacion anterior ha estado inquieto, se exalta al fin.)
¡Basta ya!
CÁRMEN. ¡Cálmate, Andrés!
EMILIA. Andrés, procura salvarle.
¡Quizá puedas arrancarle
de la calumnia!
ANDRES. (A su madre.) ¡Ya ves
que no puedo resistir

el dolor que á herirme viene!

EMILIA. Mira, que mi primo tiene
propósito de morir.
Y luego que es imposible
que se oculte la verdad.

CARMEN. ¡Cesa en tu temeridad!

ANDRES. (¡Ay, qué lucha tan horrible!)

EMILIA. ¡Qué cese! ¿Por qué razon?
¿No adviertes madre que lloro,
que es muy digno y que le adoro
con todo mi corazon?
Pero aún esto lo he olvidado.
Nadie debe consentir
que pueda un hombre, sufrir
por el ageno pecado.
¡Andrés!

ANDRES. ¡Cese mi tormento!
Ya se me agotó la calma,
que tengo repleta el alma
de angustia y remordimiento.

(Se separa violentamente de Cármen y se dirije hácia el foro; su madre trata de contenerlo.)

EMILIA. ¿Vas á decir?

ANDRÉS. Lo que sé.

CÁRMEN. ¡Nunca!

EMILIA. ¿Que no?

ANDRÉS. Por mi vida;
perdona, madre querida,
este suplicio.

EMILIA. Anda, vé,
corre.

CÁRMEN. ¡Imposible!

EMILIA. ¡Que afán!

CÁRMEN. ¿Quieres romper estos lazos? (Agarrándose á su hijo.)

ANDRÉS. Defiéndeme de sus brazos,
y te entrego á tu Julian.
¡Madre! ¡madre!

CÁRMEN. ¡Hijo adorado!

(Emilia logra desprender á Cármen cojida de Andrés.)

ANDRÉS. Aquí vá su salvacion. (Mostrando el pliego que antes sacó.)

CÁRMEN. ¡Me arrancas el corazon!

ANDRÉS. ¡Ya está tu Julian salvado! (Dirijiéndose á Emilia.)

(Las dos actrices quedan cojidas una de otra en el centro de la escena. Andrés se vá por el foro y cierra la puerta.)

## ESCENA VI.

CÁRMEN y EMILIA.

(Emilia contiene á su madre para evitar que siga á Andres.)

EMILIA ¡Ah! Mamá, por Dios.
CARMEN. La mano
suéltame, hija.
EMILIA. ¡Que afán!
¡Puede salvar á Julian!
CARMEN. ¡Pero se pierde tu hermano!
EMILIA. ¿Perderse?...
CÁRMEN. A la suerte plugo
con caprichoso poder
que pueda tu hermano, hacer
de su lengua, su verdugo.
EMILIA. Habla, madre; ¿qué ha pasado?
CÁRMEN. ¿No has leido en mi semblante
lloroso, que estás delante
de la madre de un malvado?
EMILIA. ¡Jesús! ¡Ah! ¡No! ¡Dí que ahora (Soltando á su madre.)
has mentido, dilo!
CARMEN. ¡No!
EMILIA. ¿Mi hermano asesino?
CÁRMEN. Y yó,
tu madre, LA ENCUBRIDORA;
porque las canas no eximen,
si el alma está subyugada
de que una mujer honrada
se codée con el crímen.
EMILIA. ¡Sofocaste la razon
para salvar á mi hermano!
CARMEN. Hay en la vida un tirano
que se llama corazon.
EMILIA. Pero y Julian á quien hiere
la suerte, ¿cómo se esplica
que tú le...
CARMEN. Se sacrifica (Interrumpiéndola.)
más, por el que más sequiere.
(Dirigiéndose á la puerta del foro la golpea.)
¡Nos ha encerrado!
EMILIA. ¡Qué horror!
sin duda fué á declarar.

CÁRMEN. Sí: y ha querido evitar
el soborno de mi amor.
¿Nada se oye?
EMILIA. Ten calma.
CARMEN. Salió sin duda.
EMILIA. Quién sabe.
CARMEN. ¡Cuánta desventura cabe
en los abismos del alma!
EMILIA. ¡Oh, quién pensára que Andrés!...
CARMEN. Que de mí se apiade Dios.
EMILIA. Que se apiade de las dos,
mejor dicho, de los tres.
CARMEN. Hija del alma, es verdad.
EMILIA. Y si mi hermano conviene (Solloza, pausa.)
en declarar...
CARMEN. ¡Oh!
EMILIA. Ya tiene
mi primo su libertad...
¿No es cierto?
CARMEN. ¡Siempre lo mismo!...
EMILIA. ¡Así se salva mi amor!
CARMEN. Nos reunia el dolor;
nos separa el egoismo.
EMILIA. ¡Madre!
CARMEN. ¡Sí, he visto brillar
un destello de alegría
en tu rostro!
EMILIA. Madre mia,
no te lo puedo negar.
¡Él libre!
CARMEN. Su salvacion,
es la muerte de tu hermano.
EMILIA. *Hay en la vida un tirano*
*que se llama corazon.*
CARMEN. A tu propio hermano, hiere
lo que á Julian dignifica,
¿y esperas?
EMILIA. *Se sacrifica*
*más, por el que más se quiere.*
CARMEN. ¡Qué dices!
EMILIA. Estos resabios,
madre mia, tuyos son.
Tocaste á mi corazon
y se me sube á los lábios.

¡Yo, madre, soy tu sostén!

CÁRMEN. ¡Y me empujas al abismo!
Imágen del egoismo,
que ahora lucha por el bien;
conságrate á la defensa .
de quien puede ser tu encanto,
y déjame á mí entre tanto
que llore sobre esta inmensa
desdicha que nos ha herido.
Déjame que luche á solas
con las irritadas olas
de este mar embravecido.
No pienses que han de rendir
con sus bríos mi entereza,
¡Sacude naturaleza
tus miedos, y á resistir!

(Volviéndose hácia la puerta, nota que se abre: aparece Don Juan.)

¿Abren?

EMILIA. ¡Mi padre!

D. JUAN. Las dos.

CÁRMEN. Corro trás él.

EMILIA. ¡Madre mia!

D. JUAN. ¿Qué sucede?

EMILIA. ¡Qué agonía!

CARMEN. ¡Detén, tu castigo Dios!

(Cármen sale precipitadamente por la puerta del foro.)

## ESCENA VII.

DON JUAN, EMILIA y luego ANDRÉS y CÁRMEN.

D. JUAN. ¿Por qué tu madre se vá
precipitada y llorosa?
¿Alguna nueva horrorosa
nuestro infortunio nos dá?

EMILIA. ¡Padre!

D. JUAN. Respóndeme.

EMILIA. Sí.

D. JUAN. Habla. (Pausa.) Contesta.

ANDRES. (Que aparece por la puerta de la ochava izquierda.)
Es en vano,
en vano, padre querido;
el terror la ha enmudecido,
padre.

D. JUAN. ¡Cómo!... ¡Andrés!
EMILIA. ¡Hermano!
D. JUAN. Y tú vienes en su ayuda.
EMILIA. Andrés...
EMILIA. Desecha tu afan
que ya no vuelve á Julian
ni la sombra de una duda.
D. JUAN. ¿Qué dices?
ANDRES. Que no he podido
resistir tanto revés.

(En este momento aparece por el foro Cármen que abraza á su hijo. Durante toda la escena, los personajes forman dos grupos. En uno Don Juan y Emilia y en el otro, Cármen y Andrés.)

CÁRMEN. Al cabo te encuentro, Andrés.
ANDRÉS. ¡Pero me encuentras vencido!
D. JUAN. No me explico...
ANDRÉS. Ni pretendas
explicártelo tampoco.
D. JUAN. Yo voy á volverme loco.
ANDRES. Tú, madre, no me defiendas.
Déjame expuesto al rigor
infinito de mi culpa.
No quieras hallar disculpa
que amengüe mi deshonor.
D. JUAN. Pero explícate: ¿sucede
algo grave?
ANDRÉS. Más que grave:
tan inmenso, que no cabe
en mi pecho, que no puede
estar en silencio.
CÁRMEN. ¡Calla!
D. JUAN. ¡No, por Dios! Habla.
EMILIA. ¡Qué afan!
ANDRÉS. Quien pone dique al volcán
cuando su cráter estalla...
(Pausa. Despues, dirigiéndose á su padre.)
Concibe el mayor pecado
que soñó la fantasía:
criminalidad, falsía,
doblez, todo amontonado.
La más terrible maldad
que puede haber en el mundo.
El delito más inmundo
y la mayor ceguedad.

Llanto, luto, deshonor,
lo que humilla y lo que afrenta,
y acaso te darás cuenta
entonces de mi dolor.

D. JUAN. ¿Qué dices?

CARMEN. ¡Calla!

D. JUAN. ¡No!

CÁRMEN. Cede.

EMILIA. Calla, hermano.

ANDRÉS. Ya lo ves:
temen que caiga á tus piés
contando lo que sucede.

D. JUAN. ¡Oh! ¡Habla, sí!

ANDRÉS. Hácia el abismo
voy por tí solicitado;
soy amigo del pecado
y me presta su cinismo.

D. JUAN. Habla.

ANDRES. Y hablo; ¿para qué
ocultarlo ya más?

CÁRMEN. ¡Andrés! á decirle vas...

D. JUAN. Lo que sabes.

ANDRÉS. Lo que sé.
Dí, ¿qué piensas del ladron
que por furia ó por demencia
arrebata una existencia,
y destroza un corazon?
Dí, ¿qué piensas del maldito
que honrado y bueno parece,
y en la sombra se guarece
para ocultar su delito?
¿Qué piensas del impostor
que con aire indiferente,
vé sufrir á un inocente,
por su propio deshonor?
¡Qué es un miserable!

D. JUAN. Sí,
que es un infame, un malvado.

ANDRÉS. Pues eso que has declarado
lo piensas, padre, de mí.

D. JUAN. ¡Cómo, imposible, imposible!

ANDRES. ¡Flaquezas de lo terreno,
que verosímil lo bueno,
y lo malo que increible!

¡Sí; yo soy ese malvado
asesino, no Julian!

CARMEN. ¡Andrés!

ANDRES. ¡Modera tu afan,
madre!

D. JUAN. ¡Pero qué he escuchado!

EMILIA. Padre, ¿tiemblas?

D. JUAN. De furor
y de miedo y de vergüenza;
¡que la indignacion se venza
con las armas del dolor!

ANDRES. ¡Pero no me execrarás,
padre mio! dí, ¿no es cierto?

D. JUAN. Tú ya no existes; has muerto
para mí.

ANDRES. ¡Maldecirás
la memoria de mi vida!

CÁRMEN. ¡Hijo!

EMILIA. ¡Hermano!

D. JUAN. ¡Despreciarte!
Pues si debiera matarte.

ANDRES. (Se adelanta hácia su padre y dice):
Pues venga pronto esa herida
que puede calmar mis penas.

D. JUAN. ¡Infame!

ANDRES. Tienes razon.

EMILIA. ¡Padre! ¡Padre, compasion!

D. JUAN. Tú, mis horas más serenas
has conseguido amargar.
Tú me arrebatas mi honrado
nombre, tú le has infamado.
Todos pueden despreciar
á quien honrado vivió
y ahora está lleno de afrenta.
¡Ah! ¡miserable! (Se dirije amenazador á Andrés.)

CÁRMEN. (Interponiéndose.) ¿Qué intenta?

ANTON. Señores, señores. (Dentro.)
(Despues aparece y D. Juan hace una transicion.)

D. JUAN. ¡Oh!

## ESCENA VIII.

DICHOS y ANTON que entra agitado

ANTON. ¡Ay, señorita, señores,

he llegado en cuatro brincos
desde el Juzgado, y no sé
siquiera como respiro.
¡La sorpresa, la alegría!

CÁRMEN. ¿Qué pasa?

EMILIA. ¿Qué ha sucedido?

(Durante la relacion del criado, los personajes están taciturnos y sombrios: sus actitudes quedan encomendadas al talento de los actores.)

ANTON. Ustedes sabrán ya, que
hace un rato el señorito
me dió una carta cerrada
para el juez. Llego, le aviso
por el alguacil, le doy
el papel... y ¡Jesucristo!
qué cara puso al leerlo.

EMILIA. Pero...

CÁRMEN. Sigue...

D. JUAN. Pronto.

ANTON. Sigo
se oye algazara y con muestras
de general regocijo
veo que ante mí aparece
muy pálido el señorito
Julian, á quien dice el Juez
que es muy bueno y que es su amigo;
que ya conoce al culpable,
y que confiesa que ha visto
visiones, al suponer
que él fuera el torpe asesino.

(Al observar las caras tristes de los otros personajes, hace una pausa.)

Pero, calla, no se rien;
¿si les pesará? (Dándose un golpe en la frente.)
¡Ya atino!
¿creen ustedes que miento?
¿que no és verdad lo que digo?
Pues si ustedes lo verán.
Si vá á llegar ahora mismo. (Pausa.)
Siguen tristes. ¿Por qué tristes?
¡A reir como yo rio!

CÁRMEN. ¡Calla!

D. JUAN. ¡Calla!

ANTON. ¡Que me calle!
¡qué semblantes tan sombríos!

Oigo pasos.

EMILIA. ¡El sin duda!

ANTON. Usted lo ha acertado, el mismo. (Váse Anton.)

## ESCENA IX.

CÁRMEN, EMILIA, DON JUAN, ANDRES y JULIAN.

(Los actores quedarán colocados del modo siguiente: Cármen y Andrés en el lado izquierdo, Don Juan y Emilia en el derecho y en el centro de la escena Julian.)

EMILIA. ¡Julian!

JULIAN. Que al hogar regresa
con la frente levantada
á mostrar su inmaculada
honradez.

CARMEN. ¡Tiemblo!

JULIAN. A quien pesa
solamente, el abandono
en que ustedes le dejaron.
Al azár me abandonaron;
yo, en castigo les perdono.
Lo que no acierto á esplicar,
lo que no puedo entender, (Dirijiéndose á Cármen.)
es su inícuo proceder;
su manera de negar
la prueba tan salvadora
que en mi angustia le pedia;
¡usted, á quien yo queria
tanto, tanto!
(Pausa. Todos permanecen silenciosos y cabizbajos.)
(Calla y llora.)
¿No existe alguna señal
del bastardo sentimiento?
¿No mancha el remordimiento
la cara del criminal?
Pues si esto es así, no sé
cómo mi honor mancillaron.
¿Por qué, por qué me acusaron
con su silencio, por qué?
(Andrés hace un signo de reproche; su madre le contiene.)

CARMEN. Hijo, calla; ten prudencia.

ANDRES. Poca queda, madre amada.

JULIAN. Decidme: ¿Tengo manchada
por tal crímen la conciencia?
ANDRES. ¡Basta! (Movimiento en todos de terror.)
No te doy derecho
para tanta imprecacion.
Sobra con la acusacion
que ruje dentro del pecho.
JULIAN. ¿Tú tambien me reconvienes?
ANDRES. Pide al cielo que me aguante.
JULIAN. Quisiera tener delante
al matador.
ANDRES. (Se suelta de su madre; avanza hácia Julian y dice):
Ya le tienes.
JULIAN. ¡Tú!
CÁRMEN. ¡Dios mio!
D. JUAN. ¡Qué tormento!
ANDRÉS. Alza, soberbia tu grito,
Calma, no te necesito
déjame libre un momento.
JULIAN. Amabas...
ANDRÉS. Con frenesí (Interrumpiéndole.)
á Luisa; te he adivinado.
Por adorarla he matado
á la desdeñosa, sí.
Yo el amante codicioso
y el miserable asesino,
el juguete del destino..,
JULIAN. ¡Ya comprendo!
ANDRES. ¡Qué horroroso!
Verdad, qué horroroso, sí.
¡Qué triste este duelo eterno!
¡Y aún dicen que no hay infierno,
cuando yo le llevo aquí! (Golpeándose el pecho.)
JULIAN. ¡Huye! la justicia viene.
EMILIA. ¡Por Dios!
D. JUAN. ¡Clemencia!
CÁRMEN. (Queriéndole arrastrar á la puerta izquierda )
¡Hijo mio,
por aquí!
ANDRES. (Exaltado, impide que se le acerquen.)
ANDRES. No, desvarío;
¿quién esta furia contiene?
Precisamente deseo
romper este impuro lazo.

¡Anhelo, muerte, tu abrazo,
y te busco y no te veo!
¡Matarme! ¡Debo matarme!
Así las penas se eximen.
¡Armas! ¡Las gasté en el crímen,
me faltan para salvarme!

D. JUAN. ¡Andrés! (Acercándose.)

CÁRMEN. ¡Hijo mio! (Idem.)

ANDRES. ¡Atrás! (Rechazándola.)
ya mi locura es torrente
furioso.

(Se dirije á la puerta izquierda, y como hablando con lós que se supone están fuera, prosigue diciendo):

Indignada gente,
¿no me buscas? ¡Me tendrás!
¿No anhelabas la primicia
del castigo? Te la doy.
¿Buscas justicia? ¡Pues voy
á entregarme á tu justicia!

CARMEN. ¡Hijo!

ANDRES. ¡Atrás! Vuestro perdon;
y si os acordais de este hombre,
no arrojeis sobre mi nombre
vuestra eterna maldicion.
¡No lloreis! Yo rio. (Lanza una carcajada.)
Risa,
encubre mis sufrimientos.
Busco verdugos á cientos
para morir más deprisa.

(Váse puerta izquierda, que cierra.)

## ESCENA X.

CARMEN, EMILIA, DON JUAN, JULIAN y JUEZ.

CÁRMEN. ¡Hijo del alma! (Cayendo sobre una silla.)

JULIAN. Cerró. (Acercándose á puerta izquierda.)

D. JUAN. ¡Cuánta angustia!

EMILIA. ¡Cuánto duelo!

CÁRMEN. ¡Protéjele, Dios del cielo!

JULIAN. (Señalando al foro, vá á salir.)
Por esa puerta; mas, ¡oh!

(Viendo al Juez que aparece despues.

¡Se acercan, cielo divino!

JUEZ. ¡Alto! en nombre del Juzgado.
Busco á don Andrés Salgado,
como confeso asesino. (Suena un tiro.)

EMILIA. ¡Madre!

CÁRMEN. ¡Juan, tu compasion!
qué horrible es lo que me pasa.

JUEZ. Dejé cercada la casada (A Julian.)
para burlar la evasion;
voy, sin duda ha resistido
á la autoridad. (Váse puerta izquierda.)

CARMEN. ¡Qué espanto! (Todos rodean á Cármen.)
No sale á mis ojos llanto.
¿Pero no lo habeis oido?
¿Qué ha sucedido á mi Andrés?

JULIAN. Calme su pena, ¡por Dios!
(Se dirije con Emilia hácia el foro.)

CARMEN. No hay más desdichas en pos
de esta terrible.

EMILIA. (Suponiendo que vé traer á su hermano y dirijiéndose á Julian.)
¡Lo ves!

JULIAN. ¡Le traen herido! ten calma.

## ESCENA XI.

DICHOS. ANDRÉS que viene agonizante, conducido por dos hombres, JUEZ y acompañamiento.

CÁRMEN. ¡Ay, hijo del alma! (Al ver á su hijo.)

ANDRES. ¡Madre!
Julian... Emilia... mi padre...
¡Padre mio!
(Todos rodean á Andrés que pronunciará las palabras con grandes pausas.)

D. JUAN. ¡Hijo del alma!

ANDRES. Juro... ser.... el matador
á quien... la justicia... busca...
tan sólo... madre... me ofusca...
el contemplar... tu dolor...
¡Padre!... hermana... siento el frio
de la muerte!

JULIAN. ¡Desgraciado!

ANDRES. Perdon... para... mi... pecado...
perdon... perdon... ¡padre mio! (Muere.)

CÁRMEN. (Estrecha el cadáver de su hijo y exclama):
¡Muerto! Providencia, ahora
que has matado al criminal,
dá tu sentencia fatal
tambien á LA ENCUBRIDORA.

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA

En la Administracion de LAS DOMINICALES y en las principales librerías.

PRECIO: 2 PESETAS